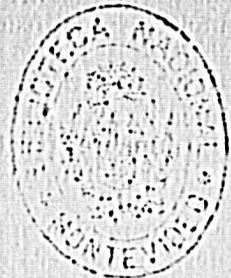


El Teléfono



Año VIII—Núm. 1,089

PUBLICACIÓN INDEPENDIENTE

Administrador: JOSÉ R. GOROSTIZAGA

Nuestro agente para avisos y publicaciones en Francia, es el señor ALBERTO LOHRE, Director de la Société Mutuelle de Publicité—Rue d'Amsterdam, 61, París.

EL TELÉFONO

Mercedes, Mayo 26 de 1898

La inscripción

Es deber del periodista prevenir las responsabilidades en que puedan incurrir los funcionarios públicos y los ciudadanos, por ignorancia de las leyes y por el desconocimiento de las prácticas en los asuntos electorales a fin de evitar la efectividad de las penas que ellas establecen para los que cometan actos ilícitos en la formación del Registro Cívico permanente.

Podrían, por ejemplo, sorprender las Comisiones Inscriptoras con certificados parroquiales de años anteriores, que fueron extendidos a los efectos de los registros fraudulentos que se declararon nulos y sin valor legal alguno.

Los únicos certificados parroquiales que deben admitirse a los efectos de la inscripción, son los que vayan después de la promulgación de la Ley del Registro Cívico permanente; es decir, desde el mes de Mayo presente de 1898.

Las penas establecidas en la ley, son graves; los que cometan fraudes, serán rigurosamente castigados, ya sean estos simples ciudadanos, ya sean funcionarios públicos.

Quedan, pues, prevenidos, que los certificados del Registro Cívico anterior no tienen valor alguno.

DIEGO LAMAS

† EN MONTEVIDEO EL 20 DEL CORRIENTE

Hace diez y nueve años, varios alumnos del Instituto Politécnico y otros que no eran estudiantes, fundamos en el Salto una sociedad que titulamos *Amigos del saber*, con el propósito de instruirnos mutuamente y de ampliar en lo posible nuestros elementales conocimientos.

Entre los fundadores, que eran respectivamente catedráticos de una asignatura y discípulos en otras, figuraban Rodolfo Fonseca—que ha llegado después a ser médico distinguidísimo; Diego Martínez, espíritu brillante, orador elocuente y hoy miembro conspícuo del Consejo de Estado; Melitón Alfonso, escritor y poeta inspirado, autor de una oda a Mazzini que le mereció aplausos sinceros de reputados literatos, y de un canto al descubrimiento de América, notable por su forma y la elevación de sus conceptos, que logró mayor éxito que el anterior, y obtuvo el segundo premio en un gran certamen literario que se verificó en aquella ciudad; Aurelio Fuentes Ortiz, periodista y también poeta, premiado en los juegos florales con la medalla de oro por su composición a los fueros vascos, y en el mismo concurso con mención honorífica por su precioso canto al arte, Julio Castilla, Benigno Paiva, Eduardo Rodríguez, Enrique Morel y algunos más; de los cuales unos han llegado al logro de sus esperanzas, y otros fracasaron o cayeron prematuramente como buenos en el rudo combate de la vida.

Llamaba entonces la atención de los que veían nuestras humildes reuniones una circunstancia especialísima: entre los «Amigos del saber», figuraba nada menos que un oficial de línea. El caso era rarísimo, en aquella época, en que todos hacíamos gala de un puritanismo exaltado, y en que, recientes todavía los sucesos del motín militar, de la revolución del 75 y de la dictadura de Latorre, considerábamos que había un abismo insalvable entre los ciudadanos, y los que formaban en las filas del ejército, que no era para nosotros sino el odioso militarismo.

Aquel joven oficial, que llevaba en su uniforme las insignias de sub-teniente, era Diego Lamas, hijo del que fué general del mismo nombre y perteneciente a una distinguida familia del Salto. Revelaban su alcurnia, sus maneras cultas y su trato exquisitamente amable. Por naturaleza reservado y modesto hasta el exceso, parecía empenado

en no distinguirse entre sus jóvenes compañeros, pero los que lo conocíamos con cierta intimidad, sabíamos que tenía relevantes condiciones de carácter e inteligencia. Apesar de no haber cursado estudios universitarios, era relativamente bastante instruido, sobre todo en historia asignatura a la que consagraba su apasionada predilección. Cuantas veces le vimos disertar largamente con precisión y propiedad sobre la revolución francesa y las guerras de Napoleón, cuyo génio admiraba con verdadero entusiasmo!

Tenía grandísima vocación por la carrera que había emprendido; pero lo que pesadumbraba como una pena cruel, era la idea de servir bajo un régimen odioso al sentimiento popular. Las circunstancias lo colocaron en la alternativa de renunciar el grado adquirido de contrabando, o de alejarse de la patria para ir a país extraño a empezar nuevamente su carrera. Optó por esto último; y al año siguiente, ya en el ejército argentino, se enroló en el ejército argentino. Hizo allí con la División a que pertenecía, una larga y penosa campaña, donde tuvo ocasión de acreditarse ante sus jefes como valiente, instruido, activo, estu-

dioso e irreproachable en el cumplimiento estricto de sus deberes. Tenía ya el grado de teniente primero de infantería, e iba a ser ascendido a capitán, cuando en 1886 se produjo aquí el movimiento revolucionario para derrocar el gobierno oprobioso del general Máximo Santos; y él, que era en todo, patriota, no trepidó un solo instante: obtuvo su baja, y se apresuró a ofrecer sus servicios a la revolución oriental. El inolvidable Octavio Ramírez, que tuvo ocasión de tratarlo y apreciar lo que valía, lo nombró su segundo en el mando del batallón de los italianos. Se distinguió como instructor y se portó como un valiente.

Vencida la revolución en los campos del Quebracho, volvió Lamas a Buenos Aires; y después de pasar allí algún tiempo como emigrado, logró, sin sin luchar con ciertas dificultades, ingresar nuevamente en el ejército y continuar su interrumpida carrera.

Tenía el grado de capitán en 1890 al estallar en el Parque la revolución de la Unión Cívica en contra del gobierno del doctor Juárez Celman. Lamas, por sus naturales tendencias, y por las poderosas vinculaciones que lo ligaban al país en que vivía, no pudo permanecer indiferente ante aquel grande y patriótico movimiento político; y no porque lo alentara la esperanza del triunfo, que él, que conocía a ciencia cierta los elementos de que disponía el gobierno, consideraba mas que problemático, imposible; sino porque lo seducía la idea de luchar y morir por una santa causa, fué que acudió de los primeros a combatir valientemente en las filas del pueblo. Tan noble esfuerzo no tuvo resultado; y al jóven capitán, sino le tocó una baja, le tocó la baja absoluta del ejército. Sus largos años de servicio quedaban anulados; su carrera truncada; y no podía ni siquiera pensar en venir a reanudarla en su patria, donde aún subsistían las mismas causas que habían motivado su alejamiento.

Fué entonces que tuve yo la alegría de volver a estrechar la mano de mi querido amigo de otras épocas, y la satisfacción de departir con él sobre asuntos relacionados con la política de nuestro país. Podíamos hablar a ese respecto con entera franqueza y sinceridad; pues nuestras divergencias eran mas cuestión de nombre, que de ideas.

Y aquí voy a permitirme hacer una afirmación que será para algunos un absurdo, y para otros una blasfemia: Diego Lamas no era blanco.

No era blanco en el sentido de que no aceptaba ni defendía a capa y espada, como otros que así se titulan, todos los hechos buenos y malos, de tal partido. Cuando le tocaba hablar del pasado, juzgaba los sucesos con criterio claro y espíritu imparcial, condenando los crímenes y los errores sin procurar atenuarlos por las simpatías que pudiera inspirarle el bando que los había cometido. Era, si, un nacionalista convencido, y entusiasta por los principios democráticos que consigna el programa de su partido.

Modificada la situación en la Argentina, no tardó Lamas en ingresar nuevamente al ejército. Poco después fué ascendido, y nombrado Secretario del Jefe del Estado Mayor, General Alberto

Capdevila. En el desempeño de tan delicadas funciones, se hizo notable por su laboriosidad, inteligencia e ilustración. Cuéntase, que al ver un estudio suyo sobre un plan estratégico para distribuir un ejército de veinte mil hombres en la cordillera de los Andes, el general Roca, no pudo menos de exclamar: este mayor Lamas es el primer oficial de nuestro ejército.—Y el general Capdevila, al elevar al Ministerio de la Guerra la renuncia y el pedido de baja de Secretario, lo hacía en términos encomiásticos, honrosísimos para este, diciendo que era un elemento casi irremplazable en la repartición a su cargo, y una pérdida sensible para el ejército argentino.

He mencionado ya su excesiva modestia; y quizás por esta misma razón, no ocupaba el lugar distinguido que como militar le correspondía en las filas de su partido.

Aprestábase éste a la sazón para alzarse en armas contra la dominación borrista, y buscaba un jefe a quien confiar la dirección del cuerpo de ejército que había de invadir por el sur del Rio Negro. Contábase con Nuñez; el cual si bien tenía nombre merecido por su audacia y valentía, gozaba de fama bastante triste por sus hechos sangrientos en la provincia de Corrientes, donde siempre había actuado como servidor incondicional de los peores gobernantes. No inspiraba, pues, mayor confianza, y el Comité Ejecutivo no se decidió a entregarle el mando absoluto de la proyectada expedición. En tales circunstancias, el doctor Jacobo Z. Berra, ofreció al Comité los servicios del mayor Diego Lamas.

—¿Y quien es ese mayor Lamas?—hubo quien preguntó con cierta extrañeza.

—¿Quien era?—El hombre necesario, indispensable en aquellos momentos; el mejor jefe de los revolucionarios, y tal vez el mas idóneo de los militares de su país. Así se reveló en la arriesgadísima invasión que llevó a efecto, en el brillante triunfo que obtuvo en la batalla de los Tres Arboles y en la difícil y admirable campaña que realizó como jefe del Estado Mayor de las fuerzas revolucionarias, de las que si no tuvo el mando supremo, fué indudablemente el nervio, el pensamiento, el alma.

Herido en la Batalla de Cerros Blancos, no abandonó un solo instante las filas del ejército, para atender a su salud por esa causa bastante quebrantada. Soportando en silencio horribles dolores que no le dejaban un solo instante de reposo, continuó hasta el fin la campaña emprendida; viéndose siempre el primero en el lugar del peligro, alentando a sus compañeros con el noble ejemplo de su estoico valor y de su patriótica abnegación.

No me corresponde a mi expresar opinión sobre la importancia militar de sus acciones de guerra en la última revolución.—Jefes distinguidísimos del ejército argentino, emitieron muy favorables juicios a su respecto, tributándole públicamente testimonio de aplauso y sincera admiración.

El fué el mas decidido y eficaz factor de la paz, que todos anhelamos como un supremo bien para el país; y cuando se realizó el pacto de Septiembre, nada pidió, nada quiso para sí; ni grados ni recompensas, ni ventajas de ningún género.—Regresó a Montevideo, evitando las manifestaciones que se le preparaban y buscando en las expansiones intimas del hogar, de que él era hijo amantísimo, consuelo a sus pesares y calma y alegría a su fatigado espíritu.

Quien había de decirle que después de haber afrontado tan grandes peligros en su agitada vida, iba a venir a morir de la caída de un caballo!

¡Qué burlas y que crueldades tiene a veces el destino!

Muere Diego Lamas a los treinta y nueve años de edad. El partido político a que pertenecía, debe hoy con razón sentirse abatido por la mas honda pena y cubrir de crepúsculo su estandarte de guerra. Acaba de perder a su valeroso jefe, a su noble y brillante capitán.

Los ciudadanos todos, sin distinción de partidos, han de sentir también tan dolorosa pérdida, considerando que tal vez no está lejano el día en que sea posible confiar la dirección de nuestro ejército, a hombres de las virtudes y talentos de Diego Lamas.

Para ensalzar su memoria, en artículos y discursos notables, se dejarán

oír en este momento voces autorizadas y elocuentes.

Disculpe, pues, lo deficiente y pobre de estas líneas, escritas al correr de la pluma pero al calor del mas profundo y sincero sentimiento. No he podido resistir al deseo de deponer mi humilde flor silvestre en la tumba recién abierta del amigo querido y glorioso.

JUAN CARLOS GOMEZ.

«Santa Irene», Mayo 22 de 1898.

TELEGRAMAS RECIBIDOS

Publicamos los telegramas que subsiguieron: uno de la Comisión que nombró la Directiva del Partido Nacional para que representaran los correligionarios del representante en las honras fúnebres del ilustre coronel Lamas, y otro que se ha recibido de una respetable Comisión que ha iniciado en la Capital la colecta de fondos para regalar una casa a la distinguida matrona doña Mercedes Delgado de Lamas.

En el próximo número nos ocuparemos de este último asunto.

Antonio Gonzalez Roca a Antonio Barrás, Presidente de la Comisión Departamental.—Mercedes.—A las dos terminó lo que *El Siglo* titula muy acertadamente «Apoteosis colosal».

Nosotros llenamos cometido en carta póstuma a señora madre coronel Lamas, que publican hoy *El Siglo*, *La Razón*, *El Bien* y *El Nacional* por parecernos preferible esta fórmula dada la cantidad de discursos anunciados.

Por ella hemos recibido muchas felicitaciones de distinguidos amigos. Compañeros saludándonos por mi intermedio, agradeciendo inmerecida distinción.

A Presidente Comisión Departamental Nacionalista.—Mercedes.—Enrique Anaya, Presidente; Manuel Artagaveitia, Tesorero; Enrique Legrand, Rodolfo Fonseca, Antenor R. Pereira, Aureliano Rodríguez Larreta, Antonio Gonzalez Roca, Diego M. Martínez y Manuel Quintela, Secretario.

Constituidos en Comisión con el objeto de donar una casa a la virtuosa madre del ilustre coronel Lamas, por suscripción de los nacionalistas, como testimonio de gratitud por los importantes servicios prestados por aquel a su partido y a su país, ruegan a esa Comisión quieran secundar al laudable propósito en ese Departamento, prestando con la mayor actividad posible.

Saludale atentamente.

ENRIQUE ANAYA.

Carta de pésame

Publicamos a continuación la carta de pésame dirigida a la señora Mercedes Delgado de Lamas, con motivo de la inesperada muerte de su hijo, el matado coronel Diego Lamas, por la comisión encargada de representar a los nacionalistas de este Departamento, en las honras fúnebres que merecidamente se le tributaron.

«Montevideo, Mayo 21 de 1898.—Señora doña Mercedes D. de Lamas.—Señora: Del departamento de Soriano esto es, del pedazo de tierra que guarda en Ascensión la fé de bautismo de nuestra emancipación nacional y que conserva en la Agraciada la matriz del histórico juramento que la confirmó, nos llegan por intermedio de la comisión departamental y clubs de nuestra comunidad, los ecos de ese inmenso quejido que ha arrastrado a la patria la irreparable pérdida del hijo predilecto de ella en el actual momento político, así como el encargo de interpretar ese dolor en las honras fúnebres que merecidamente se le tributaron.

Nada nos ha parecido mas digno de la venerada memoria del ilustre muerto, que presentar nuestro homenaje de profundo pésame a la digna matrona, cuyo dolor de madre comparte hondamente emocionada la república entera.

La injusta muerte del coronel Lamas, en el comienzo de una brillante carrera, llena de gloria y de esperanzas, incita a pensar que un destino providencial ha querido arrancarlo a las peripecias de la

TIENDAS NUEVAS

CALLE COLÓN 154 (AL LADO DEL CASINO)

Participo a mi numerosa clientela y al público en general, que acabo de llegar de la capital con un espléndido surtido de

TIENDA, MERCERIA Y ROPERIA

propio para la estación, de invierno el cual, por su variedad y buen gusto así como por la modestia de los precios, creo que llamará la atención.

EXCEPCIONAL SURTIDO

en capas y cuellos de piel para señoras y señores, desde el precio de 21 reales hasta el de 20 pesos.

PERFUMERIA

En este ramo poseemos artículos de las marcas más acreditadas inglesas y francesas.

BAZAR

En objetos de fantasía para regalos a la familia Nueva es la casa que ofrece más variedades, teniendo de estos artículos una gran exposición que ofrecemos a precios equitativos

Nota—Esta casa para facilitar y aumentar la venta de las máquinas de coser, desde hoy, de acuerdo con el fabricante, las venderá como siempre garantidas de las mejores y a pagar por mensualidades, así es que ya lo saben acudir pobres y ricos a la TIENDA NUEVA donde podrán hacerse de una buena máquina y pagarla casi sin sentir.

Ernesto Guibarrón.

vida, para que su recuerdo perdurara en la memoria de sus conciudadanos como un símbolo de abnegación y de pureza.

Talvez faltaba en el cuadro de nuestros hombres eminentes esta imagen del soldado ciudadano, de valor tranquilo y de cerebro equilibrado, paseando sobre los campos de la patria la visión naciente de una época nueva, llena de pruebas dolorosas pero también de fundadas promesas de grandeza nacional. Talvez era necesario que su pasaje fuera rápido para no dejar en la memoria de los hombres sino el recuerdo de sus cualidades excepcionales.

Si tales reflexiones, señora, asaltan al espíritu todavía abismado ante la catástrofe nacional producida con la muerte del Coronel Diego Lamas ¿como no presentarlas como ofrenda de consuelo a la madre desolada? ¿como no recordarle la melancólica fiera con que, en ocasión semejante, Cornelia decía:—«No puedo considerarme desgraciada: he sido la madre de los Gracos»?

Diego Lamas, señora, muerto para el cariño de los suyos, muerto para los destinos de la patria, muerto para las aspiraciones legítimas de su partido, ha nacido para la inmortalidad de la historia y para la vida eterna de la leyenda nacional. Mientras el nombre oriental determine la existencia de un pueblo libre sobre el planeta, el de Diego Lamas vivirá encarnado en el noble corazón de sus conciudadanos.

Con este triste motivo, presentamos a Vd. los sentimientos de nuestra respetuosa consideración.—Juan Gil, Escultórico Inas, Manuel Herrero y Espinosa, Antonio Gonzalez Roca, María no Pereira Nuñez.

Una ofrenda valiosa

Da tal puede calificarse la que fué depositada sobre la tumba del coronel Diego Lamas, por el señor Manuel P. Flándino

Es una placa de oro y plata de unos cuarenta y cinco centímetros de largo por veinticinco de ancho, grabada primorosamente.

En el medio de la parte superior un medallón con esta inscripción: *Sauces 5 de Marzo de 1893*—y en seguida, más abajo, rodeando un precioso escudo patrio esta otra de que es autor el señor Flándino Aréla:

DIEGO LAMAS

Como un soldado de la antigua Roma Luchar por el derecho; esa es su historia! Y con su espada que tiranos doma! Darnos la libertad; esa es su gloria!

Homenaje de Manuel P. Flándino a sus hijos.—Montevideo, Mayo 20 de 1898.

Y otro medallón en que se leía: *La Cruz, 10 de Setiembre de 1897*. Alrededor del marco, pequeños escudos con las siguientes inscripciones: Tres Arboles, Cerros Blancos, Las Cañas, Cerros Colorados, Acañá y Tacarigua.

Esta obra de arte, que iba encerrada en un lindísimo estuche, había sido concluida en los talleres del señor Flándino

